

INTERLUDIO CUATRO - INTERMEDIA

YO, la que alguna vez se sentó triunfante, fui arrojada del santuario.

Como una golondrina me hizo volar por la ventana, y mi vida se ha consumido.

Él me hizo caminar entre las breñas de la montaña.

Él me arrancó la corona apropiada de la alta sacerdotisa,

Y me dio daga y espada -- "esto es más para ti" -- me dijo.

[Enheduanna](#), Alta Sacerdotisa de Ur, Sumeria, 2280 a.de C.

PARTE INTERMEDIA

Cinco años viví en mi *etxea* en la colina. Fueron los cinco años más felices de mi vida.

Varias cosas sucedieron en ese tiempo que me impulsaron a emprender el gran viaje.



No terminaron nuestros problemas con la *Biltzara* de Sexta una vez que todas las *etxeak* del campo estuvieron ocupadas.

El aprovisionamiento de leña, aceite, cal, harina, sal y otros productos esenciales, demandó nuevos esfuerzos entre las vecinas para que funcionara adecuadamente. La distribución se hacía en forma irregular y muchas veces en momentos del día en los que nadie había en la colina. Debimos acudir a la ayuda de los varones para que montaran guardias para recibir las cargas de leña, imprescindibles para cocinar y para la calefacción de nuestras casas.

Fueron necesarios varios reclamos ante la administración de la Ciudad hasta lograr que los envíos se efectuaran en los tiempos oportunos y en las cantidades apropiadas.

Tuvimos mejor suerte cuando solicitamos ayuda a la Ciudad para combatir la proliferación de serpientes que había en la colina, entre ellas las de cascabel, cuya mordida era muy peligrosa.

Al año siguiente aumentó la población de almiquíes, unas grandes ratas con pico curvo que alcanzan hasta los treinta dedos de largo y sólo se ven por la noche, alimentándose de insectos. Los almiquíes también eran temidos por su mordida venenosa, por lo que volvimos a reclamar en la *Biltzara*. La solución fue traer del Continente del Norte una docena de gatos monteses. Éstos hicieron desaparecer a los almiquíes, pero con el tiempo, se reprodujeron de tal forma que empezaron a atacar a las gallinas que nos proveían de huevos.

Los cultivos compartidos fueron otro motivo de preocupación y conflicto. El manejo de los dos pozos del campo había sido tomado por las primeras ocupantes, que eran chicas de la Serpiente que no habían cursado la *Eskuela* de Cultivo. La preparación de los terrenos previa a la siembra había sido deficiente y el cuidado de las plantas no había sido el correcto. Por lo que nos enfrentamos en continuas discusiones sobre qué plantar y cómo repartir lo producido.

Luego de un tiempo, renunciemos a acordar criterios y separamos el manejo de los pozos, quedando uno de los terrenos en poder de cinco casas (todas de la Serpiente) y el otro abasteciendo a las restantes once.

Esta situación desigual en el uso de los terrenos nos obligó a acelerar la preparación de un segundo pozo para duplicar la producción de la huerta compartida. Recurrimos a los *maisusak* para que nos asistieran en el acondicionamiento de la tierra, la siembra,

el cuidado y el riego. Con su ayuda logramos en menos de un año, hacer rendir a nuestros terrenos más del triple de lo que obtenían nuestras vecinas en el suyo.

El trabajo común y la satisfacción de cosechar nuestras propias frutas, hierbas y hortalizas, tuvo como consecuencia una división en dos grupos dentro del campo. Progresivamente Gazmira y Tasirga se unieron a nuestras actividades y compartieron con nosotras además de los alimentos, las fiestas, las reuniones y los paseos. El equilibrio entre bandos que había marcado el tiempo de construcción, terminó revirtiendo a la relación de once a cinco correspondiente a las dos zonas de cultivo.

El buen clima de nuestras reuniones y la forma en que los varones participaban en ellas, convocaron no solamente a las neutrales Dafra y Sirma, sino también a las originalmente oficialistas Gazmira y Tasirga. Ellas se fueron adaptando a nuestro grupo y tomando distancia de las actividades lideradas por Laida en la calle baja del campo.

De este modo, a nuestra pequeña escala, el enfrentamiento que se daba en toda la ciudad tuvo su correlato. En nuestro campo, las formas de convivencia y los criterios de planificación del Círculo terminaron imponiéndose a los de la Serpiente.



Sutziake y yo nos involucramos en el enfrentamiento por el gobierno de Ciudad Sexta.

Por nuestra edad no éramos, ni podíamos ser, miembros activos del Círculo, pero en los hechos era como si lo fuéramos. Cuando tuvimos catorce, participamos en la organización del primer Congreso del Círculo en Sexta.

El Círculo realizaba todos los años su Congreso en una ciudad diferente. Pero desde que esta práctica se había establecido, nunca le había tocado a Sexta ser la sede. Porque nuestra ciudad se había mostrado poco amistosa y nunca había ofrecido colaboración a la Confraternidad para albergar la reunión. Convocarlo en Sexta era un desafío al gobierno de Guaxara y una forma de respaldo a las fuerzas opositoras.

El Congreso tuvo lugar en *neguberrri*, en los salones de la *Eskuela* de Navegación. Asistieron cerca de tres veces sesenta sacerdotisas en delegaciones representativas del desarrollo de la Confraternidad en cada una de las ciudades. La organización del evento fue un reto importante para nuestras madres, que invirtieron un gran esfuerzo en su preparación. En la colina, colaboramos con el alojamiento de varias de las asistentes.

A Sutziake y a mí se nos permitió asistir a durísimos debates, en los que las hermanas de Biko, Bosteko, Lau y Sexta trataron de imponer propuestas de conciliación, mientras que las participantes de Hiru, Zazpir y Lehen se negaban cualquier tipo de solución mientras no cambiara la administración de nuestra ciudad.

La deliberación culminó con pocos avances, porque un modelo alternativo de intercambio requería que otra ciudad pudiera reemplazar a Zazpir en fundición y moldeado del bronce, La única que hubiera podido hacerlo era Biko. Y si bien las sacerdotisas de Biko presentes en el Congreso, sostenían con entusiasmo esta propuesta, era improbable que tuvieran el suficiente peso como para imponerlo en su respectiva *Biltzara*.



En la siguiente renovación de la *Biltzara* se produjo otra derrota del Círculo que, sin embargo, fue celebrada casi como una victoria. Guaxara fue ratificada por dos años más con el apoyo de treinta y un sacerdotisas y el voto negativo de veintinueve, entre ellos el de mi madre Haridian, que pasó a integrar la Asamblea de la Ciudad.

Esa ajustada derrota fue decisiva para lo que ocurrió después.

Las de la Serpiente supieron que la explotación del cobre no era suficiente para asegurarse el poder. Y las del Círculo también lo entendieron. El enfrentamiento se tornó más intenso, dividiendo en mitades a mujeres y hombres de Sexta. Cada decisión de gobierno era cuestionada por la oposición y cada propuesta del Círculo era rechazada por Guaxara.



El centro de los problemas fue la administración de la fuerza de trabajo masculina, insuficiente para satisfacer la demanda de mano de obra que la minería había introducido.

En Atlantis, si bien eran muchas las mujeres que trabajaban en la pesca, en la navegación y en la construcción, no se veía bien que las mujeres se dedicaran a la minería. Se consideraba una actividad excluyente de los hombres, por demandar gran fuerza y resistencia física bajo incómodas condiciones de alojamiento y escaso contacto con las ciudades.

Guaxara ensayó distintas soluciones, pero todas fracasaron o trajeron nuevos problemas.

Sexta no contaba con experiencia en extracción ni en fundición de mineral de cobre. Algunos trabajadores de las canteras y un grupo de *Maisuak* de la *Eskuela* de Minería viajaron a Zazpir a adquirir conocimientos durante el primer año que siguió al hallazgo del mineral en las montañas.

Pero las diferencias eran enormes. En la gran ciudad del norte existía una acumulación incluso anterior a la existencia de la ciudad, dado que Zazpir había sido fundada por atlanteanos provenientes de Lehen por su proximidad a los yacimientos. Cerca de una carrera de trabajadores se ocupaban en la minería del cobre y el estaño, contando con herramientas, palancas, crisoles y hornos, en escalas que eran impensables en ciudad Sexta. Los *maisua*k regresaron abatidos, anunciando que sin la colaboración decidida de colegas de Zazpir, iba a ser imposible desarrollar la minería en nuestra ciudad.

Con este supuesto, se hicieron gestiones para que un contingente de trabajadores de la ciudad séptima pudiera instalarse temporalmente en nuestra isla, para dar un empuje inicial a la producción de cobre. Pero, como era esperable, no se obtuvo aprobación de la *Biltzara* de Zazpir. Ésta se negó a enviar hombres a Sexta, alegando que no contaba con suficientes trabajadores para sus propias explotaciones.

Las sacerdotisas de la Serpiente, que se resistían a reciclar a los sirvientes del palacio como reclamaba el Círculo, iniciaron una operación para alentar a los jóvenes de Sexta a ingresar a la *Eskuela* de Minería, con la motivación de ser partícipes del engrandecimiento de la Ciudad. La propia Guaxara utilizó sus discursos en las fiestas de Ama y de Egu para animar a los varones de la ciudad a abrazar el oficio de la minería.

Pero los jóvenes de Sexta no respondieron como se esperaba. La perspectiva de trabajar en la montaña, alejados de sus familias y con escaso contacto con jóvenes mujeres, no era muy estimulante para los varones.

En una maniobra desesperada Guaxara recurrió entonces a recibir *ukatuak*.

Los *ukatuak* son atlanteanos rechazados en sus ciudades natales. Acusados y juzgados por crímenes graves, en general por intentar o cometer asesinato. En Atlantis son muy raros estos casos. Cuando un acusado es condenado por un tribunal de la *Biltzara* a dejar la ciudad para siempre, es frecuente que resuelva dar fin a su propia vida lanzándose desde una roca alta. Porque la condena implica una perspectiva insoportable para los rechazados. En su frente y brazos se les marca una inscripción con bronce caliente. Son expuestos a la población y obligados a abandonar la ciudad. Y muy probablemente las demás ciudades respetarán la condena, negándose a darles residencia. La única perspectiva cierta para los *ukatuak* es la de trabajar en lejanas minas, confinados y sin comunicación con las ciudades, obligados a convivir entre ellos.

En los años que siguieron, llegaron a las montañas cerca de treinta *ukatuak* provenientes de las siete ciudades de Atlantis. La perspectiva de trabajar junto a ellos, desestimuló aun más a los jóvenes de Sexta a dedicarse al oficio de la minería y provocó gran malestar entre los pocos obreros de las canteras que se habían reciclado para extraer el mineral. Muchos de ellos abandonaron las montañas alegando cualquier excusa, reclamando que se les asignara a otra tarea.

Los *ukatuak* eran temidos por los hombres debido a su fama de comportamiento violento o impredecible. No así por muchas sacerdotisas de la Serpiente, quienes hacían frecuentes visitas al yacimiento con el propósito declarado de elevar el espíritu de los mineros, aunque circulaban en Sexta variedad de rumores sobre lujuriosas escenas celebradas entre *ukatuak* y sacerdotisas en aquellas visitas.

Nunca supimos si el trabajo espiritual de las sacerdotisas sobre los condenados fue efectivo, o en realidad las fiestas nocturnas en las que se divertían hasta saciarse fueron determinantes en su comportamiento. Lo cierto es que la producción de la mina fue deficiente, pero no tuvimos noticia de un solo incidente de violencia involucrando a los *ukatuak* en la montaña.

La extracción del cobre, en esos años, no llegó a ocupar más de sesenta trabajadores ni fue suficiente para satisfacer la demanda propia del metal.



La vida social en la colina tenía distintos ritmos según el momento del año.

En *neguberry* y *negu* lo habitual era reunirse cada noche en una casa distinta. Lo más frecuente era que se acordara durante el día lo que se haría al anochecer, en general en tres o cuatro reuniones de pocas personas. Muchas noches pasábamos con Dafra y Ameqran, otras con las chicas de Hiru. Y a veces con Hagora, Gazmira y Tasirga y sus amigos varones.

Baraso dormía algunas noches con Hagora, otras con Oihane y excepcionalmente con Gazmira, o Sutziake, o conmigo. La mayor parte de las noches, Etxekide se quedaba en mi cama y Guadarteme en la de Sutziake, pero a veces cambiábamos. Fue también haciéndose frecuente que Manindar durmiera con Hagora. Raramente, cuando Etxekide estaba navegando, acepté la compañía nocturna de Sakon y de Ameqran.

Sólo compartí mi cama con una mujer de la colina en esos años. Dafra resultó ser una deliciosa y adorable amante. Ella siempre estaba dispuesta a venir a mi *etxea*, pero yo sólo la convocaba cuando todos mis compañeros varones tenían otros planes, lo que era muy excepcional. Con frecuencia cenábamos en su casa, pero sólo en escasas ocasiones me quedé a dormir con ella, sola, o con Ameqran.

En *udaberri* y *uda*, las reuniones eran más grandes. Si hacía calor íbamos a la playa y nos quedábamos hasta la medianoche, bailando y cocinando alrededor de un fuego. O bien nos encontrábamos en el río a la puesta del sol. Cuando la gran reunión nocturna se hacía en una de las casas, la anfitriona era la que proponía la cena y los invitados llevábamos algo de comer o beber. En general, los amigos varones más asiduos en su *etxea*, eran los que cocinaban.

En las fiestas de Egu, volvimos al río.

Por Nekane conseguimos una anciana sacerdotisa que hiciera la preparación de la miel en el caldero y dirigiera la ceremonia. No fuimos con nuestras madres adoptivas, sino con nuestros amigos. En sus *zakilak* reales vertimos el prodigioso ungüento para que los llevaran a nuestros canales sin necesidad de bastones. Al lamernos, ellos también quedaron embriagados.

Luego bailamos en ronda, hasta que las luces de colores, los árboles y los grillos iniciaron sus alocadas danzas a nuestro alrededor, convocándonos a viajar a otros continentes, a campos de flores y ríos de frutas, anunciando insólitos periplos a nuestras vidas.



Los campos vecinos de la colina se fueron poblando. Seis campos contiguos fueron construidos e inaugurados por diez contingentes sucesivos de *hamabineskak* adoptadas en Sexta. Los grupos eran cada vez más reducidos, llegaban entre ocho y doce doceañeras en cada Fiesta, la mayor parte de ellas portando su aro del delfín y provenientes de Hiru y de Bosteko. Entre las residentes de la colina, las del Círculo casi duplicamos en número a las de la Serpiente.

Las nuevas pobladoras tomaron nuestros aprendizajes en sus respectivos conflictos con el Club por el aprovisionamiento de materiales. Reclamaron por sus entregas, protestaron de distintas formas, resistieron las gentilezas de los *mamugilea* y eventualmente asistieron al “almuerzo de buena vecindad” cuando sus casas requerían los últimos imprescindibles materiales. Ellas nos tomaron como las pioneras en la “conquista” de la colina y de varios modos fuimos sus referentes.

Casi todas las sacerdotisas del Círculo en Sexta, en particular nuestras madres, adoptaron nuevas *hamabineskak*. Mi madre Haridian adoptó una nueva hija cuando tuve catorce y otra cuando tuve dieciséis. Anixua adoptó a tres. Nekane también adoptó dos chicas y recibió dos *klanak* de sacerdotisas jubiladas. De esta forma, los *klanak* del Círculo fueron agrandándose, ganando influencia en la sociedad de Sexta.

Con el tiempo y las sucesivas adopciones, nuestros vínculos con nuestras respectivas madres fueron haciéndose más distantes. Mis visitas a la casa de Haridian se tornaron esporádicas, con las excepciones de las Fiestas de Ama, la recepción a mis nuevas hermanas y los cumpleaños de Manindar o Eider.

Mi pequeña hermana adoptiva se convirtió en una hermosa mujer y emigró a Biko al cumplir los doce. Trabajé varias tardes tejiendo canastos de mimbre que intercambié en la plaza por un pequeño dije de plata y luego entregué a Eider como regalo de *hamabineska*.

Hagora casi perdió contacto con su madre adoptiva Anixua. Sólo se veían en la Fiesta de Ama, por obligación ceremonial. El vínculo ya era tenso cuando volvió a ocurrir que a Hagora se le atrasara su luna a los quince años. Nuevamente acompañé a mi amiga a la Alta *Eskuela* a encontrarse con su madre, para repetir la escena de hacerle salir de su clase. Aguardar que Anixua, expresando sin palabras su reproche, fuera en búsqueda de la Doctora. Otra vez la espera en los sillones, el té caliente y luego acompañar a mi amiga a su *etxea*.

A Hagora no parecía preocuparle demasiado y simplemente acataba la norma de postergar el embarazo hasta los dieciocho. No le agradaba la idea de hacer la *Eskuela* de Navegación y el Servicio Naval obligatorio. No dejaba de fantasear con quedar embarazada y tener sus hijos.



Cuando mi abuela Iruene cumplió sesenta años, viajé a Hiru a asistir a la fiesta de su jubilación, en la que cedió su *Klan* a una sacerdotisa joven.

Pero Iruene no abandonó sus tareas en el Círculo. Continuó viajando, coordinando actividades, asistiendo a reuniones y presidiendo los congresos. Había ganado el respeto de las confraternidades de cada ciudad y todas reconocían su liderazgo. Bajo su dirección, el Círculo había alcanzado posiciones de gobierno en Hiru, luego en Bosteko y estaba cerca de lograrlo en Sexta. Al mismo tiempo se había consolidado como una fuerza importante en Biko, Lau y Lehen, y era incipiente su presencia en Zazpir.



Al cumplir quince, culminamos nuestros estudios en Construcción y Cultivo y obtuvimos nuestras dos primeras maestrías.

Tal como había ocurrido con las inauguraciones un par de años atrás, en la colina realizamos un calendario de celebraciones. Cada nueva *Maisu* organizó una fiesta en su *etxea*, invitando a amigos y familiares, con la colaboración de todas las amigas. En los mismos días Manindar y Guadarteme celebraron sus *maisutzak* en Navegación. Etxekide la había culminado un año antes y ya estaba cumpliendo el Servicio Naval.

Al mismo tiempo debíamos hacer nuestras opciones sobre las dos *eskuetak* a seguir entre los quince y los dieciocho. Se trataba en realidad de una sola elección. Porque lo esperable para una mujer atlanteana al cumplir los quince es ingresar a la *Eskuela* de Navegación, de modo de satisfacer ese requisito antes de tener hijos. Sutziake y yo estábamos dispuestas a ello desde que habíamos sido adoptadas. También acordamos asistir juntas a la *Eskuela* de Medicina.

El primer año de Medicina me resultó muy exigente. Debimos aprender muchísimos conceptos sobre el funcionamiento del cuerpo humano. De la piel, los músculos, los órganos y los huesos. De fluidos y corrientes que circulan por el cuerpo. De enfermedades y dolores, y sus respectivos tratamientos. Del modo de descubrir una afección hablando y tocando a la persona enferma, de cómo tratarla y ser cuidadosa con ella. Y de incontables curas para cada una de las dolencias. Infusiones,

preparaciones de hierbas, flores o raíces, cataplasmas, compresas, pomadas y emplastos.

Nos enseñaron que el cuerpo debe estar en un equilibrio entre frío y calor. Que deben aplicarse preparaciones frías cuando el equilibrio se ha alterado hacia el calor y calientes cuando se ha perdido la energía del cuerpo. Fuimos a los campos de cultivo de la ciudad a cortar hojas de ruda, albahaca y romero para utilizar en compresas. Descubrimos la potencia de la infusión de corteza de sauce para aliviar diversos dolores. Aprendimos a preparar la crema de papayas, de gran poder curativo en heridas y quemaduras.

Todo ello no fue lo más difícil. Lo que me resultó agotador fue atender a personas que habían sufrido terribles accidentes o padecían graves enfermedades. Conversar con ellas y colaborar con los *Maisuak* en definir y preparar los tratamientos. Me abatía enterarme, poco después, que no habían sobrevivido. También ocurría en muchos otros casos que los enfermos se recuperaban de forma maravillosa y la satisfacción de verlos mejorar ayudaba a superar la angustia que me producían los que no lograban sanar.

Descubrí entonces que Sutziake era mucho más capaz de manejarse en esas situaciones difíciles. Ella pensaba y actuaba con sorprendente calma. Era admirable su paciencia para sentarse junto a los enfermos, hablar con ellos y transmitirles serenidad en su eventual tránsito por la Puerta. Yo en cambio, no podía evitar sentir en mi propio cuerpo el dolor ajeno.



Cuando tuvimos dieciséis años, el Círculo volvió a reunirse en Sexta, en un clima completamente distinto. Había un marcado optimismo sobre las posibilidades de alcanzar la mayoría de la *Biltzara* en la siguiente ratificación. Nekane y Haridian habían realizado un excelente trabajo hacia las sacerdotisas independientes para asegurar su voto opositor en la próxima fiesta de Elkar.

La imagen de Guaxara se había deteriorado, porque sus reiterativos discursos augurando un futuro de riqueza, contrastaban con la permanente escasez de productos esenciales como calderos, lámparas, miel y nueces. La presencia de los *ukatuak* en las montañas era vista con desconfianza por los pobladores. Y las historias de las fiestas de la Serpiente en la mina de cobre se propagaron por todo el mar de Atlantis, agregando una gota más al generalizado desprestigio de nuestra ciudad.

En este segundo Congreso del Círculo en Sexta, se discutió y acordó un nuevo modelo de intercambio, que incluía no sólo la extracción y fundición del cobre, sino una planificación de largo plazo de la producción y manejo de excedentes. Zazpir se encargaría de la fundición de nuestro cobre, duplicando en contrapartida las entregas de bronce. Bosteko sería la nueva proveedora de miel y nueces para Sexta, a cambio de adoquines, tinturas y papayas. La ciudad de Lau proporcionaría aceite mineral a cambio de pescado y mejillones. Se estimaba que la fuerza de trabajo necesaria en las montañas era de dos veces sesenta mineros y para ello se postulaba que los sirvientes del palacio realizaran esta tarea, al mismo tiempo que se les capacitaría en Navegación y Minería.



Mucho más disfrutable que la *Eskuela* de Medicina fue para mí lo que aprendimos en la *Eskuela* de Navegación.

Aunque al principio fue tedioso. Durante el primer medio año no tocamos el mar. Íbamos todas las mañanas a unas clases para escuchar a los *maisusak* y a practicar en bancos de madera con remos que sólo podían moverse en el aire.

Hasta que por fin llegó el día en que nos subimos a una *txalupa*. Fue emocionante el momento en que el *Maisu* soltó las amarras y nos miramos con Sutziake, antes de hundir simultáneamente los remos en el agua. El barco empezó a moverse producto de nuestro esfuerzo, en una tímida recorrida por la calma bahía del puerto.

Fueron necesarias varias jornadas para adquirir el acompasamiento de nuestros movimientos, sostener el ritmo perfecto sin agotarnos y más tarde, aprender a manejar la vela. Un par de veces dañamos la *txalupa* por rozar unas rocas y en una de nuestras primeras salidas a mar abierto, en una mala maniobra con la vela, perdimos estabilidad y caímos al mar. Tuvieron que rescatarnos desde otros barcos. Pero con el tiempo y la práctica llegamos a dominar el manejo de la vela y la técnica de remo.

Entonces empezamos a amar la navegación. Salir al mar se nos hizo una necesidad, como comer o beber. Siempre que el clima lo permitía, hacíamos un pequeño recorrido por la costa cercana. Y cada diez o veinte días, una travesía de mayor alcance, de una jornada.

Con Sutziake, Iratxe e Oihane fuimos muchas veces a Hiru. Allí nos alojábamos en las casas maternas de nuestras amigas, disfrutábamos de las playas durante el día y bailábamos desde la puesta del sol hasta la medianoche. Para volver a embarcarnos y regresar a Sexta a la mañana siguiente. Acostumbrándonos a navegar con cualquier viento, mar calmo o agitado, sol o lluvia, calor o frío.

Más tarde emprendimos viajes más largos: a Lehen, Bosteko y Biko. Sutziake me acompañó a visitar a mi familia de vientre y yo hice lo propio, conociendo la suya en Biko.



Al cumplir diecisiete, conocimos la ciudad de Zazpir.

La gran ciudad del norte nos resultó fascinante. Era la más rica y la de mayor crecimiento de las siete. En Zazpir no existía el lujo de Lehen, Lau o Biko, ni la belleza de paisaje de Hiru, Sexta o Bosteko. Pero llamaba la atención la actividad de la ciudad. Por todos lados casas y edificios en construcción. El puerto continuamente en reformas de ampliación. Durante la noche, una multitud de gente caminando, tocando música o bailando, comiendo o bebiendo en infinidad de mesas por las calles abarrotadas de lámparas de bronce.

Todo era abundante en ciudad séptima, la comida, la diversión y por supuesto los jóvenes. En nuestra primer noche en Zazpir conocimos a Naga, un joven *Maisu* de Navegación, que nos enseñó los lugares más hermosos de la ciudad, y nos presentó a sus amigos y amigas. Otras veces que fuimos a Zazpir nos volvimos a encontrar con él, para salir de recorridas nocturnas por las bulliciosas calles de ciudad séptima.

A partir de entonces cuando Naga venía a Sexta, pasaba las noches con nosotras en la colina.

Él viajaba por todos los confines del Mar de Atlantis y siempre nos traía regalos exóticos. Vestidos, adornos y joyas realizadas por artesanos de lejanos pueblos del Continente del Sur.

Fue Naga quien nos hizo conocer las hojas de fumar. Unas hojas grandes ovaladas, que se secaban y tostaban al sol, antes de ser aderezadas con miel y licor de caña. Luego se arrollaban en un paquete, se encendía un extremo del rollo y se aspiraba por el otro. La sensación que producía saborear ese humo era muy agradable. Provocaba un estado de relajación, aliviaba los malestares y convocaba al disfrute de las conversaciones. Desde que lo probamos la primera vez, el humo de aquellas hojas traídas del Continente del Sur, pasó a ser un ingrediente habitual de nuestras reuniones de amigos en la colina.



Durante todo ese tiempo seguí viéndome a escondidas con Zebensui.

Él fue ganando confianza entre las sacerdotisas de la Serpiente como operador y como negociador. Sus habilidades para seducir sacerdotisas le otorgaron gran prestigio en uno y otro bando. Y cuanto más influencia ganaba, más difícil se hacía vernos.

A pesar de ello, seguimos encontrándonos. Nunca en el Club, pocas veces en mi *etxea*. La mayoría de las ocasiones en breves, furtivos, momentos nocturnos, en los bosques o en la playa.

Hablábamos poco de los problemas de la Ciudad. Él no podía contarme lo que se planeaba hacer desde el gobierno. Yo manejaba información del Círculo que él no podía conocer. Hablábamos poco de cualquier tema. Sólo dábamos lugar a nuestra pasión, que se hacía más intensa cuanto más prohibida. Y ambos mentíamos deliberadamente para ocultar el hecho de que seguíamos viéndonos.

Con el paso del tiempo, la distancia fue haciéndose dolorosa y frustrante. Deseaba estar con él y las dificultades para vernos eran insoportables. La perspectiva de encontrarme con Zebensui me quitaba interés en mis amantes en lo previo, y luego de verlo me resultaba difícil volver a hallarme contenta para disfrutar mi cama con otros hombres.

Etxekide era el único que lo sabía. Lo notó desde el principio y a pesar de que le causaba fastidio, nunca expresó un reproche o un reclamo. Me esforcé en agradecer su tolerancia a mis ocasionales malestares. Etxekide no los merecía. Él estaba siempre dispuesto a ayudarme, siempre servicial, amable y de buen humor. Era un excelente compañero. Pero no encendía mi cuerpo como Zebensui.

Cuando la Serpiente perdió la mayoría en la *Biltzara*, ocurrió lo que estaba anunciado. El Club de Sacerdotisas de Sexta fue desmantelado. El palacio pasó a ser la sede de la Alta *Eskuela* y Guaxara debió mudarse a la casa de su anciana madre adoptiva. La mayoría de los sirvientes fueron reciclados para trabajar por períodos en la mina del cobre, al tiempo que obligados a cursar Minería y Navegación. Algunos pocos hicieron Construcción y fueron asignados como obreros de la cantera de adoquines. Entre estos últimos estuvo Zebensui.

Las fuerzas de la Serpiente se reagruparon en la oposición. En sus planes, Zebensui tenía un rol importante que cumplir entre los descontentos ex - sirvientes, ahora convertidos en obreros. Y también entre los *ukatuak* confinados en la montaña quienes

estaban disconformes con el nuevo trato, que excluía las divertidas fiestas con sacerdotisas.

Esta situación me ocasionó problemas con mis amigas. Zebensui era uno de los más íntimos colaboradores de Guaxara y nadie quería siquiera saludarlo.

Pronto volvió a hacerse imposible seguir encontrándonos, aunque ambos lo deseábamos ardientemente.

Lanzarme al gran viaje fue también un intento de desalojarlo de mi cabeza.



Estuve en Lehen cuando Bentaga culminó sus estudios en la Alta *Eskuela* y se recibió de Sacerdotisa. Ella vino a Sexta algunas veces y tuve el gusto de recibirla en mi *etxea*, en mi cama.

A través de Bentaga tuve, al inicio de cada año, noticias de Txanona.

Pero Txanona nunca pudo visitarnos. No le permitieron iniciar su maestría en Navegación hasta cumplir los quince. Y no estaba autorizada a cruzar el mar hasta que no la hubiera terminado.

Reiteradamente me enviaba sus invitaciones a que fuera a conocer Islas Castigadas, e invariablemente le respondía que algún día iba a hacerlo. Supe de la inauguración de su *etxea*, de sus viajes a las otras islas próximas, de sus amigas y amigos. La población de Islas Castigadas continuó aumentando y muchas nuevas *hamabineskak* siguieron el ejemplo de mi amiga. Ella me envió regalos para cada cumpleaños y yo le preparé luego de cada Fiesta de Ama un paquete para que cruzara el mar con la flotilla de residentes.

Bentaga continuó siendo mi más importante consejera en cualquier decisión complicada que tuve que tomar. Siempre lograba hacer simple lo que a mí me resultaba un enredo. Ella fue mi fuente de información de lo que ocurría en Lehen y en Zazpir, y varias veces me anticipó sucesos que estaban por ocurrir en mi propia ciudad.

Por Bentaga además, fui enterándome de los planes secretos del Círculo.

La historia de Itahisa continúa en El Espía de la Noche

<http://itahisa.info/about/parte-intermedia/el-espia-de-la-noche/>